

3-20

7

Rep. Angel

DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE SALAMANCA

EN LA

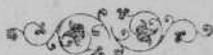
SOLEMNE INAUGURACION

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1877 A 1878

POR EL DOCTOR

D. JOSÉ ESTEBAN LORENZO,

AUXILIAR DE LA FACULTAD DE MEDICINA, ENCARGADO DE LA CÁTEDRA
DE CLÍNICA QUIRÚRGICA.



SALAMANCA:

Imp. de D. Sebastian Cerezo, Isla de la Rta, núm. 1.

1877.

DISCURSO DE INAUGURACION.

DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE SALAMANCA

EN LA

SOLEMNE INAUGURACION

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1877 Á 1878

POR EL DOCTOR

D. JOSÉ ESTEBAN LORENZO,

AUXILIAR DE LA FACULTAD DE MEDICINA, ENCARGADO DE LA CÁTEDRA
DE CLÍNICA QUIRÚRGICA.



SALAMANCA:

Imp. de D. Sebastian Cerezo, Isla de la Rca, núm. 1.

1877.

Almo. Señor:

UN deber ineludible me obliga á dirigiros la palabra en la solemne apertura de estos estudios generales. Al admitir tan honroso cargo no me creo en verdad con bastantes títulos para merecerlo, pues dedicado exclusivamente al honroso ejercicio de la profesion médica, no me considero con las fuerzas intelectuales suficientes para desempeñar dignamente mision tan grave y delicada, pero aliéntame á ello vuestra noble y bondadosa indulgencia, la cariñosa simpatia de los que benévolutamente me escuchan y en los que tanto sobresalen su elevada capacidad y sus profundos conocimientos.

Grande, sublime es la mision del Médico, puesto que es el dispensador del fuego sagrado de la vida y de las fuerzas secretas de la naturaleza. «Vivir para los demás y no para si, es el norte de un buen Médico, y á semejante objeto final y supremo, que es el de conservar á todos la vida y la salud, debe sacrificar no solo su reposo,

sus ventajas personales y sus comodidades, sino tambien su salud y su existencia, y en caso necesario su propia honra y reputacion.»

Estas notables palabras de Hufelant, dice el Doctor Auber, afirman de una manera magistral que la Medicina es un arte sublime, pues que los deberes que impone entran á la vez en las leyes, las más santas de la religion y de la Filosofía, puesto que exige al que á ella se dedica, que se consagre dignamente á su culto, haga una abnegacion completa de sí mismo y se mantenga sin cesar por cima de los cálculos vulgares de la vida comun.

La Medicina es verdaderamente un Sacerdocio y una Magistratura, este doble carácter impone un deber inmenso á el que aborda esta Ciencia. Estudiar sin cesar, observar siempre é imprimir en su espíritu toda la perfeccion de que es susceptible (1).

En este concepto, Ilmo. Señor, inmenso es el dominio de las ciencias médicas, y su importancia es tan grande, que con dificultad pudiera ceder la primacia á otros ramos del saber humano, y por lo tanto grandes son los deberes del Médico para con la sociedad. Su principal objeto es mitigar los sufrimientos de sus semejantes, y su puesto más importante la cabecera de los enfermos; pero no por eso deja de tener otra obligacion muy sagrada y otra mision de no ménos importancia, que es la de velar por la salud general del pueblo, dirigir su educacion y sus costumbres, é intervenir en la formacion de las leyes que tienen por objeto conservar y mejorar las facultades físicas y morales de la especie humana.

Tiene necesidad de ser consultado para la buena resolucion de muchos problemas árduos, difíciles, espinosos. Es entonces el Médico un auxiliar de la justicia, un asesor del Magistrado, *su dictámen es una antorcha que alumbrá al Tribunal en negocios* para si oscuros, y con su ciencia hace que se ceda á su verdadero dueño un patrimonio quizá usurpado, que quede incólume una honra comprometida, ó que se descubra un crimen perpetrado con tanta habilidad, con tanto misterio, que no dejó tras sí más vestigio en su ejecucion que el que deja la culebra cuando se arrastra sobre la cima de las rocas.

La Higiene pública, esa Ciencia tan vasta como difícil y tan difícil

(1) Philosophie de la médecine par le docteur T. C. E. Edouard Auber. 1865.

como importante, que examina y aplica razonadamente todo lo que puede mejorar la condicion orgánica de la humanidad, viene á ser poco á poco el punto central de la ciencia política y social. En efecto, sus limites, como dice muy bien el Sr. Monlau, son indeterminables, porque cada dia avanza la civilizacion industrial, y cada dia surgen nuevas causas de insalubridad, asi como se inventan nuevos medios de conservacion. La Higiene pública se da la mano con las Ciencias exactas y naturales, con las Ciencias morales y económicas y con las artes. Sentada en el trono de la filosofia, expande su vista por el inmenso horizonte de las artes y ciencias todas, y sin usurpar sus derechos, de todas recibe homenaje y ~~título~~ (1). *tributo.*

Apenas hay ley ya sea civil ó criminal, ya de administracion, que no sea dirigida por tan importante ciencia, y á cuya formacion no puede ménos de presidir el más profundo conocimiento del hombre físico y moral; de modo que bien puede asegurarse que al Médico cuyos conocimientos en la Antropología y en la Higiene no se le pueden disputar se hallan encomendados los destinos de la especie humana y solo él puede dirigir con acierto el progreso social y la futura felicidad de las naciones.

Bien debieron comprender esto las sociedades antiguas, pues que sus fundadores y legisladores fueron muy versados en la Medicina, así es que la mayor parte de ellos reunian el arte de curar á los hombres sus enfermedades, con el de dirigirlos y gobernarlos. De esta manera se comprende el que sus venerables códigos contengan multitud de reglas higiénicas, más ó ménos filosóficas y acertadas segun el grado de perfeccion á que llegara la Medicina en aquellos pueblos primitivos. De aqui los reglamentos que prohibian el uso de los licores espirituosos, el de las carnes de ciertos y determinados animales considerados inmundos; de aqui las leyes que prescribian la época para el goce de los placeres del amor; de aqui las que regulaban la educacion pública y gimnástica de la juventud. Las Naciones que por tales códigos se rigieran eran fuertes, libres y felices. Y á medida que se fuera olvidando por los gobernantes el estudio del hombre físico y moral para entregarse á los cálculos de una vana ambicion, fué debilitándose su poder y su prestigio. Si no temiera, Ilmo. Señor, abusar

(1) Monlau, *Higiene pública*, tomo I.

de vuestra benevolencia, podría citar hechos muy auténticos y numerosos consignados en la historia, que vienen en apoyo de la proposición que defiendo.

Empero, aunque no tuviese en mi favor la prueba terminante de los hechos, bastaría para prueba de su exactitud el exámen lógico de los principios fundamentales en que debe estribar toda organización social.

Para gobernar bien una sociedad es menester conocerla en todos sus pormenores, en todas sus condiciones, en todos los accidentes que puedan modificar ó influir en ella, se necesita pues conocer á fondo todos los elementos de que se compone, y ¿no es por ventura el hombre el más principal y más importante elemento considerado como individuo? Según las antiguas y verdaderas ideas de la Filosofía griega, el individuo representa fielmente la vida orgánica del mundo entero, y la vida individual es el compendio exacto de la vida social. Así es, que es indisputable que para conocer y dirigir bien la vida social, es necesario conocer á fondo la vida individual, sin este conocimiento serán vanos todos los principios de organización social y política.

Para conocer bien la vida individual y las condiciones necesarias para su desarrollo y perfección, es indispensable estudiar la construcción física de los órganos del individuo, la sabia colocación de las partes, el juego fisiológico y la sorprendente y maravillosa armonía de su conjunto, las causas que puedan modificar, perfeccionar ó destruir este organismo. Compréndese, por lo tanto, que nadie puede dispensarse de este estudio y conocimiento si ha de regir dignamente á la reunión de individualidades que constituyen una nación. El Médico, sondeando las llagas del sufrimiento físico y estudiando desde su verdadero punto de vista el cuadro de la miseria, puede llegar sobre la etiología de aquella á algunos resultados que se ocultan á todo otro método de investigación. En todo cuanto concierne á la higiene general, propiamente dicha, no dudaremos que la Fisiología ha preparado la solución de cuestiones que interesan en alto grado á la civilización; y más aunque por medio de una feliz iniciativa se ha puesto delante de la civilización misma. En efecto, sin conocer bien á fondo las condiciones necesarias para la existencia del individuo, y por consiguiente, las verdaderas necesidades de éste, no es posible formarse una idea exacta de los derechos y deberes del hombre en sociedad, porque la satisfacción de las necesidades físicas y morales del

individuo, es la base, el fundamento y la razon inmutable de los derechos, así como la obligacion de contribuir por su parte á que estas necesidades sean satisfechas, forman la base de los deberes. El Médico, que está destinado á velar por la conservacion de este precioso derecho, ejerce para con el individuo las mismas funciones que el poder político para con la sociedad, circunstancia que prueba bien claro el dominio, importancia y utilidad de las ciencias médicas.

No se crea que queremos constituir completamente una especie de fisiología social, sobre las bases de las leyes del organismo, no pretendemos resucitar los errores en que sobre este punto cayeran Arnaldo de Villanueva, Rabelau, Cardau y Darwin, una profunda conviccion cristiana nos lo impide. Asegurar al hombre la satisfaccion de sus necesidades materiales, es sin duda uno de los principales objetos de la ley; pero el Médico, por los conocimientos especiales que posee, puede sobre este punto suministrar al legislador consejos muy importantes; pero no basta. Si la ley por una parte debe de esforzarse en procurar á todos un lugar en el banquete de la vida, segun la expresion de los economistas modernos, ¿no deberá por otra constituirse en defensora de la sociedad contra las malas pasiones y traer al hombre al sentimiento de su destino moral? Que el fisiólogo procure determinar las condiciones normales de la vida, que guiado por una verdadera filantropia llame la atencion del legislador hácia los agentes funestos que pesan sobre las clases inferiores de la sociedad; que trate de descubrir en la accion remota de la ley la causa de esos azotes epidémicos, que diezman las poblaciones, ó de esas enfermedades lentas que minan sordamente el organismo y abrevian la existencia de tanto desgraciado, es sin duda su deber y por consiguiente su derecho; pero que convertido en tribuno, se constituya, en nombre de la ciencia, en cómplice de las pasiones brutales que sin cesar amenazan el orden, es á la vez que deshonorar el arte que profesan, agravar la posicion de aquellos mismos de quienes se hace defensor oficioso.

La filosofia política moderna marcha en esto plenamente conforme con la religion; ella tiene el mismo objeto y parte de los mismos principios. ¿Sobre qué se funda, en efecto, el deber impuesto por unos á otros como asimismos? Sobre su perfecta igualdad ante Dios, de quien todos somos hijos. La Fisiología invoca igualmente la identidad de la naturaleza física y moral, que les hace á todos como miembros de la humanidad participantes de los mismos derechos y de los mismos deberes, y les hace, por consiguiente, iguales ante la ley natu-

ral y la justicia. En las dos fórmulas, esto es, la igualdad de esencia, que es la base de la igualdad de los derechos y del precepto del amor.

No todas las sociedades humanas reconocieron este amor de ley y de justicia que lleva el dulce nombre de caridad y que prescribe á los hombres amarse y tratarse unos á otros como hermanos, haciéndose mutuamente el más bien posible. Desconocidos eran en el mundo antiguo, especialmente en las sociedades griega y romana, estos principios. Allí no habia derechos ni deberes sino los que se fundaban sobre la distincion de razas, de nacionalidad ó de rango en la familia. Cada hombre era con respecto á otro simplemente conciudadano, extranjero, dueño, esclavo, padre, hijo, noble, plebeyo, rico ó pobre. La idea de humanidad, á pesar de los hermosos versos de Terencio, no habia penetrado en la conciencia de los griegos ni de los romanos, no comenzando á reportar sus frutos sino despues de la fundacion de la sociedad cristiana, y, sin embargo, ¡con qué lentitud ha marchado! pues vemos en los códigos bárbaros cristianizados que el homicidio, la herida ó cualquiera daño que fuese hecho á otro hombre en su persona ó en sus bienes, era apreciado muy diferentemente segun que el individuo dañado fuese noble ó plebeyo, libre ó siervo. Fué necesario, dice Mr. Guizot, despues de catorce siglos para que el principio de que un esclavo se tuviera como hombre pasase del orden religioso al orden político, del evangelio á los códigos.

La Medicina, cuya importancia vamos siempre reconociendo, puede reivindicar en mucha parte esta bella obra de la organizacion filantrópica de la sociedad humana. Ella es por excelencia la ciencia bienhechora y saludable, pues exenta de toda intencion hostil é interesada, no interviene jamás sino para prevenir el mal ó repararlo. Guardiana de la vida de los hombres, ella subordina este objeto superior á todos los intereses de cualquiera orden que sean, y tiende esencialmente á realizar en las instituciones públicas, en la economia doméstica, en todos los detalles de la existencia humana, las condiciones materiales ó morales propias á este fin.

No es posible negar que bajo este titulo el espíritu médico es esencialmente social y civilizador. La grande obra de la reunion de la familia humana que la religion y la poesia comenzaron se acabará por la ciencia, si, por esa ciencia la más directamente consagrada á la conservacion, al mejoramiento, á la propagacion y por consecuencia al bienestar físico y moral de la especie humana; por esa ciencia que

semejante á la religion católica se ampara del hombre desde su cuna y no le abandona hasta el sepulcro.

En efecto, el primer problema que presentarse puede es la educacion del individuo, base y fundamento de la felicidad y progreso de toda sociedad, ¿y quién se atreverá á negar á la Medicina la más activa y eficaz intervencion en las leyes y reglamentos concernientes á la educacion? ¿Hay acaso alguna ciencia cuyos datos sean tan seguros y tan indispensables para la resolucion de este complicado problema? No, ciertamente, porque para dirigir al hombre en los primeros pasos de la vida individual y social, es indispensable conocer profundamente su naturaleza fisica y moral, las condiciones necesarias para su existencia y desarrollo sucesivo, las causas y agentes que ayudan ó perjudican á este desarrollo, y los medios más apropósito para elevarle á aquella perfeccion que consiste en un justo equilibrio entre las fuerzas fisicas y las facultades intelectuales, de lo cual ha de resultar la mejora y propagacion de la especie, la armonia de todos los elementos sociales y la pública prosperidad. Guiados por estos principios los sábios legisladores de la antigua Grecia establecieron la educacion pública de la juventud, multiplicando para perfeccionarla los gimnasios y liceos; en los primeros se equilibraba y desarrollaban las fuerzas del cuerpo, en los segundos se cultivaban las facultades intelectuales; de esta manera se procuraba que los ciudadanos fueran fuertes, robustos, sábios y virtuosos. De este modo trabajaba la Medicina para el Estado, y á ella se dirigia la patria para tener buenos ciudadanos. ¡Los Médicos eran entonces héroes ó semi-dioses!

Sin embargo, algunos Médicos y Filósofos llevaban estos principios hasta una exageracion absurda é inconveniente y nada arreglada á la caridad, virtud que debe resplandecer como un precioso brillante en el corazon y la conciencia de todo Médico cristiano. Platon prescribe, entre otras reglas de conducta, seguir el ejemplo del Dios de la Medicina; Esculapio, y alguno de sus hijos que rehusaban los socorros del arte á los incurables y aquellos cuya enfermedad era causada por la intemperancia, pues que la prolongacion de su vida no traia ventaja ninguna ni para ellos, ni para el Estado. La Medicina no debia servir sino para aquellos que recibieran de la naturaleza una bella alma en un cuerpo sano; estos son los que á la Patria importa conservar. En cuanto á los que no les abonan estas cualidades debe abandonárseles á su suerte.

Imposible parece, Ilmo. Señor, que en nuestros tiempos se hayan

tratado de propagar semejantes ideas. La doctrina de Darwin las cree necesarias para el perfeccionamiento constante é indefinido del hombre, para él y sus partidarios nuestras leyes políticas y civiles, nuestra moral religiosa, la caridad imprudente y ciega en que el cristianismo ha buscado siempre el ideal de la virtud social ha traído fatales consecuencias, pues ha contribuido á empeorar y multiplicar en la raza humana los males á que aquella creía poner remedio. Así pues, deben abandonarse á su suerte á los débiles, á los achacosos, á los incurables, en una palabra, á todos los desgraciados de la naturaleza, puesto que así lo exigen la selección natural y la lucha por la existencia, principales bases de la doctrina Darwiniana.

Hipócrates, cuyo sentido moral era tan elevado y tan brillante, tipo el más perfecto de la profesión médica, de la que puede decirse que es un tronco que atraviesa los siglos, sin que pueda fallar cuanto de él se origine, que en sus obras manifestó siempre la alta idea que tuviera de la Medicina, su extensión, sus dificultades, su objeto, que comprendía perfectamente los deberes del Médico, que decía es indispensable que este tenga honor, gravedad, instrucción; un conocimiento perfecto de todas las cosas necesarias á la vida, desprendimiento hácia todo objeto de tráfico, y que, extraño á la superstición, se vea sobre todas sus acciones dominar el espíritu de la divinidad (1) no dejó, sin embargo, de participar en algún modo de las malas inspiraciones de los Médicos y Filósofos que hemos citado cuando rehusara socorrer á los soldados Persas bajo el pretexto que ellos eran enemigos de su Patria. «Marchad, dijo, al Satrapa Hystamo, que fué á solicitar sus servicios profesionales de parte del Rey Artagerges, decid á vuestro dueño que yo tengo con que vivir, con que vestirme y donde habitar. El honor no me permite aceptar los presentes de los Persas ni de socorrer á los bárbaros que son los enemigos de la Grecia.»

La leyenda añade que se apoderó del gran Rey tal rabia é incomodidad con esta respuesta, que intimó á los habitantes de Coos para que le entregaran al contumaz, amenazándoles que en caso de no hacerlo penetraría en la Ciudad á sangre y fuego. Estos bravos despreciaron las amenazas del déspota y contestaron que, llenos de confianza en la justicia de los dioses, se resignarían á la muerte más cruel

(1) Hipócrates de decenti ornatis.

antes que sacrificar á su gran Médico á la venganza de un hombre, que á pesar de su título de Rey de Reyes, era tan mortal como los demás hombres.

Este hecho histórico ó puramente legendario, ha sido reproducido y hasta trazado por el pincel de Girodet, segun se advierte en un gran cuadro que adorna las paredes de la sala de actos de la facultad de Medicina de Paris.

Se ha admirado, sin duda, el desinterés y el desprecio de Hipócrates á los ricos presentes de Artagerges. Pero el rehusar los servicios de su profesion, y sobre todo los motivos de esta repulsa, nobles y dignos para los Griegos, no lo serian quizá entre nosotros. El Médico tiene hoy otras máximas de conducta, otra nocion del deber profesional. Sobre un campo de batalla no mira el uniforme, ni en la guerra civil la bandera del herido; prodiga sus cuidados lo mismo al blanco que al negro, al Francés que al Aleman, al Ruso que al Turco, al Cismático que al Cristiano. El enfermo para él no es más que un hombre desgraciado que necesita de sus auxilios. El hombre de la ciencia no vé allí exclusivamente más que á otro hombre. La idea del sentimiento de humanidad es la sola que existe para la Medicina, es la que decididamente ha prevalecido sobre las distinciones hostiles de raza, de nacionalidad, de nacimiento, de rango, de partidos.

La dignidad de una profesion emana de su carácter, y su carácter proviene de la mision que tiene que desempeñar. Cuanto mas inteligente, moral y útil sea esta mision, tanto más digna será la profesion. La Medicina, que es el arte de conocer á los hombres y de curarlos, ó al ménos proporcionarles siempre alivio á sus dolencias, demuestra cuán extensos son los deberes del Médico para con la sociedad. Pues para conocer á los hombres es necesario aprender mucho: para aliviarlos y curarlos saber mucho y adquirir una práctica guiada por el estudio y por la observacion razonada.

La pureza de sus intenciones morales debe preceder á los esfuerzos que tendrá que practicar para adquirir la ciencia, la cual no hará otra cosa sino dar más energia y vigor á sus determinaciones.

Ante todo es necesario que ame á sus semejantes, si quiere estar preparado para prodigarle sus cuidados sin acepcion de tiempos, de lugares ni de personas. El Médico que posee, dice un célebre práctico, mejor que ningun otro mortal la ciencia de los hombres, debe participar de la mansedumbre del criador, y tener más longaminidad que ningun otro. Spurzhein ha dicho con razon: que el conocimiento



del hombre nos conduce al dogma de la indulgencia y de la caridad mútua (1).

La noción de la dignidad humana deriva de la ciencia, y si el principio sagrado de la igualdad moral ante Dios y ante los hombres, pudiera desaparecer de la tierra, permanecería seguramente en el fondo del corazón de los Médicos.

Debe entregarse el Médico sin descansar al trabajo, y este trabajo debe tener por objeto exclusivo la ciencia, fundamento de la práctica, origen de su consideración y de su influencia. Cualquiera que sea su sensibilidad nativa debe mantenerse constantemente á la cabecera del dolor; arrostrar allí los peligros aun cuando tenga todas las probabilidades posibles de perder la vida, permaneciendo firme y sereno donde reina una epidemia asoladora. Allí donde se halla la consternación, el desorden, el terror, la fragilidad, debe acudir prontamente á restablecer el orden, el consuelo, la tranquilidad. Preciso es que su vocación entonces sea perfecta para desempeñar dignamente su misión á favor de tantas familias desgraciadas, puesto que no debe ignorar que los días de peste en una población cualquiera son terribles; los seres humanos desaparecen como si fueran heridos por un rayo invisible, el hombre vuelve su vista al cielo, no distingue en él vestigio alguno de la cólera de Dios; el sol exparce sus rayos por la naturaleza entera, no se siente el rebramar del viento ni el fulgor de los relámpagos, ni el estampido del trueno; ningun meteoro amenazador se percibe en el espacio, las flores exparcan su aroma, la naturaleza ostenta sus ricas galas, solo el hombre sucumbe en todas partes, sufre de un modo horrible física y moralmente, cuando todos los demás seres de la naturaleza están llenos de alegría parece suspendido para él únicamente el curso de la Providencia. Si el contagio arrecia, la alarma es universal. ¡Cómo pintar el profundo terror de sus habitantes; el desaliento de la industria; la interrupción de los trabajos ordinarios; la desesperación de los artistas á quienes falta el trabajo ó no tienen aliento para trabajar; la justicia interrumpida, paralizado el comercio, desiertas las plazas y calles, separada la familia, todos los vínculos de relación interrumpidos, porque el miedo aísla de tal modo á los ciudadanos, que á veces huye el hijo del padre, el

(1) Observations sur la phrenologie—1818.

esposo de la esposa, el hermano de sus hermanos! En medio de tanto desconsuelo, de cuadro tan aflictivo existe un sér privilegiado, que no teme las funestas consecuencias del contagio y que con ánimo impávido y sereno arrostra la muerte procurando disputarla sus triunfos. En aquellos momentos el Médico no tiene ni un día, ni un instante de reposo. Vé pasar el tiempo de su vida, los bellos dias de primavera ó del estío sin gozar de los placeres á que convida entonces á los demás séres la próvida naturaleza, no puede dedicar un momento para sí ó para su familia, descansar, alimentarse y reposar cuando puede, y al levantarse se encuentra con la misma inquietud para volver á comenzar las tristes tareas que por su profesion le son encomendadas: en cadenado al deber se vé obligado á renunciar á los puros goces del espíritu y de las artes. Vivir mañana y tarde con los enfermos, para los enfermos y por los enfermos, presenciando sin cesar escenas desgarradoras que conmueven el alma y despedazan el corazon.

El aristócrata, el eclesiástico, el legislador, el artista, el propietario, el militar, el mendigo, en una palabra, la sociedad entera tiene mucho que agradecer á las ciencias médicas; por esta misma sociedad pierde el Médico su reposo, ante las aras de ella sacrifica la primavera de su juventud, ella es la que recoge el fruto de sus continuos y asiduos trabajos, de sus penosas y no interrumpidas tareas; llegando, por último, á presentar impávido su pecho á una muerte casi cierta cuando lo exige el bien de esta misma sociedad. Entonces debe poseer un valor civico, ese valor heróico superior á todo otro y muy diferente del valor marcial, que aunque es tambien valor sublime, no es muchas veces sino la manifestacion improvisada de la fuerza fisica y el heredamiento comun de las naturalezas plásticas. El guerrero ostenta su valor en medio de los campos, á la vista y con auxilio de millares de compañeros, excitando su valor no solo el instinto de la propia conservacion, sino los armoniosos ecos de una música de guerra, del ruido de los cañones, del sonido de los clarines, y por último, le sonrie en lontananza el fantasma de la gloria con sus laureles y vanidosa pompa. Pero el Médico se presenta delante del lecho del enfermo y moribundo sin temor á un enemigo que cuando más descuidado se halla le acomete traidoramente. Otras veces, teniendo solo por armas su aparato y su ciencia, por auxiliar algun jóven practicante émulo de su saber; y en medio del silencio más profundo y esperando quizá en lugar de una justa recompensa la ingratitud y el desprecio, y luchando quizá con mil temores que torturan su mente y desgarran

su corazón, practica una difícilísima operación, y al finalizarla sin ruido, sin vanidad y sin gloria, pero satisfecho dulcemente en su conciencia, vuelve á la vida á un hombre que era ya casi cadáver, y entrega un hijo á su madre, un esposo á su esposa ó un padre á sus hijos. ¡Y cuántos han sido los adelantos que de día en día han ido haciendo las ciencias médicas! ¡Cuántas operaciones se practican en el día desconocidas completamente en la antigüedad y que tal vez las considerarían física y moralmente imposibles! ¡Cuánto debe la humanidad á esas lumbreras de la ciencia, que pasando la mayor parte de su vida entre las miserias de los hospitales y los gabinetes de anatomía, han llegado á conocer profundamente el modo de funcionar de todos los órganos, las relaciones y simpatías que entre ellos existen, y el modo de separar absolutamente algunos de ellos sin que su separación pueda poner en peligro la existencia de los pacientes! Y no contentos con esto han procurado mitigar los dolorosos sufrimientos que aquejaban al enfermo indagando, examinando y buscando entre los medicamentos aquellos que fueran capaces de abolir la sensibilidad, y de este modo apaciguar los gritos arrancados por el dolor y que tanto pudieran conmover al Médico y á los asistentes, encontrándose el paciente despues de un sueño agradable terminada una operación que su solo recuerdo tanto antes le aterrara.

Inmensas son tambien las obligaciones del Médico con respecto á las familias menesterosas, y para él no es ménos acreedor á sus cuidados el pobre que tiene por lecho una tarima, y por almohadas unos miserables arapos, que el poderoso que yace tendido sobre dorado lecho cubierto de riquísimas colgaduras. Debe de tener presente que desde el momento en que se le abrieron las puertas de las casas de Beneficencia y las de los Anfiteatros allí encontró por medio del estudio los modelos vivos y los inanimados proveidos por el pobre para su saber y para sus adelantos. Así es que no solo debe prodigarles sus servicios gratuitos, sino ser su apoyo aún fuera del estado de enfermedad, pues sus consejos, siempre ilustrados, pueden valer mucho para la higiene privada de estos infelices, ya recomendándoles en nombre de la salud, la limpieza, esa especie de dignidad física que realza al miserable á sus propios ojos, ya inspirándoles temor por igual motivo para no cometer excesos de cualquier género que sean, y en especial los de las bebidas alcohólicas, de este modo les podrá conducir á una vida regular y moral, y encaminarlos al bienestar de la vida.

Si el destino lleva al Médico á ejercer en un Hospicio ó un Hospital su benéfico ministerio, entonces es preciso que despliegue todas las buenas cualidades de su corazon y de su inteligencia. El vicio y los infortunios conducen muy á menudo á estas casas á personas que su educacion y su fortuna les prometiera otro lugar para morir, que el pobre lecho de un Hospital. La desesperacion más sombría, el recuerdo de sus alegres tiempos pasados agravan sus males; si el Médico les distingue y les manifiesta algunas consideraciones que nadie, ni aún acaso su familia, tuviera con ellos desde que su fortuna desapareciera, el consuelo que reciben cae como una gota de rocío sobre su corazon, reanimándoles y haciendo volver la tranquilidad que perdieran.

Tal es la vida del Médico, tales son sus deberes para con la sociedad, vida laboriosa, de agitacion, de descontento para el Médico que no tenga la firmeza de alma necesaria, que no sea á la vez estudioso, de buen talento, desinteresado, religioso, merecerá entonces ser respetado y honrado por esa misma sociedad y se aproximará realmente á esa perfeccion ideal que la antigüedad confirmara por boca de Hipócrates cuando dijo *Medicus est Deo similis*. Verdad es que el arte de curar ha inspirado siempre á todos los pensadores tan grande idea, que Ciceron y los filósofos de su tiempo le miraban como un don del cielo. «*Quare eam (Medicinam) cælo delapsam non in merito philosophi predicant.*»

Herophilo y Galeno han dicho de los medicamentos que ellos venian de las manos de los Dioses. «*Medicamenta Deorum manus.*» En fin, los libros santos recomiendan honrar al Médico y cederle el lugar: *Honora Medicum propter necessitatem: etenim illum creavit Altissimus*. Ha dicho Salomon en el eclesiástico.

Puede decirse, por último, que en la via de orden, de paz, de amistad y de justicia, en la cual entra con tanto ardor y confianza toda la humanidad, la Medicina está destinada á representar un gran papel. La direccion del movimiento civilizador está desde ahora, sino enteramente, al ménos en gran parte, confiado á la ciencia, la Medicina es la que suministrará con este fin los mejores misioneros. Así se realizará lo que ha sido escrito. *Da locum Medico etenim illum Dominus creavit, et nom discedat á te quia opera ejus sunt necessaria*, y tambien esta nueva profecia todavia en suspenso: *Disciplina Medici exaltavit caput illius et in conspectu magnorum collaudabitur.*

Pero antes de terminar debo dirigiros la palabra á vosotros jóve-

nes estudiosos, que consagrais la primavera de vuestra vida á la conquista de la ciencia, y que con incesante desvelo procurais penetrar los profundos arcanos del saber. Tened, pues, presente que las ciencias inspiran al hombre los sentimientos más puros, más grandes y elevados; que ellas son los reflejos del esplendor de Dios y emanan de este luminoso origen de toda verdad; que encumbran nuestro espíritu hasta los cielos, le recuerdan su descendencia sublime, le levantan del cieno de las pasiones inmundas, y por último, que la ciencia fortalece á la juventud, alegra en la edad decrepita y es un gran asilo en la adversidad. Que el verdadero sábio contempla tranquilo y en la dulce paz del alma la historia humana que se agita turbulenta en el espacio y en el tiempo.

Y qué he de deciros á vosotros, distinguidos Profesores de esta tan antigua como ilustre Universidad; á vosotros, que contribuis ciertamente con toda vuestra eficacia á lograr el grande objeto de la instruccion pública. No desmayeis un momento en la magnánima empresa que la sociedad os ha confiado tan dignamente. Con grandes y poderosos obstáculos tendreis que luchar, mas no importa, inspirados por el saber que os distingue y por el ardiente celo que os anima, sabreis con facilidad arrollarlos y aun vencerlos. Vosotros, que tanto amais la gloria y la prosperidad del Estado, procurad seguir imitando á aquellos varones esclarecidos, vuestros antecesores que salieran de este magestuoso santuario de las ciencias y que con sus altos ingenios contribuyeron poderosamente al esplendor y engrandecimiento de la nacion.

HE DICHO.